

A decorative, ornate frame with intricate carvings and a repeating pattern of small, circular motifs. The frame is positioned on the left and bottom edges of the page, framing the text.

Pablo Mourier

Venganzas
sutiles

*Dieciocho historias
de una ciudad caníbal*

BÄRENHAUS

Índice

Más negro que amarillo.....	13
Viejos planes.....	17
Héroe.....	27
El otro Funes.....	31
Nunca se sabe.....	35
El juego y el final.....	41
Por algo habrá sido.....	57
La casa.....	61
Nunca es fácil Balvanera.....	71
La vieja y los vecinos.....	75
El Chino y el Hueso.....	85
La vergüenza de la señorita Dughan.....	89
El verdadero amor.....	101
La resurrección de Luis.....	109
El número 7.....	115
Luz.....	121
Cosa de arqueros.....	123
Magdalena.....	129

Más negro que amarillo

13

Ella cierra la puerta del taxi y apoya el pequeño bolso negro sobre sus piernas larguísimas; es casi medianoche y en Buenos Aires el verano se ha adelantado varias semanas.

—Hasta Puerto Madero, por favor.

El taxi arranca despacio; la lluvia de la tarde no ha traído ningún alivio. Ella baja la ventanilla con fastidio, el interior del auto es el mismo horno que allá afuera. El taxista se apura a interceptar su malhumor:

—Se rompió ayer... el aire, digo. Igual tenía que llevarlo a que lo vieran.

—Está bien, no voy tan lejos. —Ella no quiere conversar; está nerviosa, no va a ser una noche fácil.

El taxista insiste:

—¿Puede ser que te haya llevado antes? —Habla buscando su mirada desde el espejo retrovisor, pero ella prefiere evitarlo:

—No creo. —Su respuesta es rotunda por lo breve; alcanza para que el viaje siga en silencio durante algunas cuadras. Mejor así.

El auto se desliza despacio sobre el asfalto mojado,

como si estuvieran paseando. A ella esa cadencia la incomoda, pero prefiere no hablar, su cabeza está en otra parte. Los ojos no dejan de observarla, perciben su esfuerzo por ignorarlo. Ese escapar lo provoca.

—¿Estás apurada? —dice el taxista.

—Estoy llegando tarde —lo corrige ella.

El auto sigue su marcha, los ojos de él siempre encima buscando doblegarla. Ella se pregunta si no sería mejor conversar, al menos no se sentiría tan violentada. Pero no, no va a ceder, la mejor manera de escapar es en silencio. Se acerca a la ventanilla baja, finge interés en los pocos trasnochados que todavía andan en la calle. El viento en la cara le da algo de alivio; piensa también en lo inútil de las tres horas en la peluquería. Mira el reloj en su muñeca, regalo de él; es cierto que está llegando tarde. Pero debe mantener la calma: no va a ser fácil, lo supo desde la primera vez que se acostaron.

Los ojos siguen ahí, al acecho, como espiándola desde un hueco sucio. Ella siente asco, le repugna la idea de que su imagen esté compartiendo ese mismo espejo. Él vuelve a avanzar:

—¿Estás trabajando, no? Me di cuenta apenas te vi.

Ella ya no lo escucha, solo busca una oportunidad de fuga, tal vez en algún semáforo.

—¡Allá hay un kiosco! —trata de parecer espontánea—. Compro cigarrillos, es apenas un segundo.

El auto acelera, la mentira la ha dejado más desnuda que antes. Él lo disfruta, sentir su poder lo excita.

—Voy a tomar por la avenida, es más largo, pero a esta hora casi no hay autos. Va a ser mucho mejor, ya vas a ver.

Ella aprieta fuerte el bolso contra su estómago, como hacía de chica con la oveja de trapo en noches de pesadillas. El taxi ya no se detiene en los semáforos, solo queda gritar.

—Subi la ventanilla, por favor. Enseguida llegamos.

El pensamiento de ella es vertiginoso: repasa alternativas, evalúa chances y riesgos; siempre pierde. En el interior del bolso, su celular no deja de sonar y en su cabeza esa insistencia se traduce en imagen: séptimo piso de Puerto Madero; él, desnudo bajo la bata de toalla, impaciente porque ella no llega, sin imaginar que será la última noche que se vean. No se decide a atender, no quiere escuchar sus reclamos. De golpe, flaquea. Tal vez sea mejor olvidarse de todo, quedarse a su lado y que él la proteja. Busca el teléfono en el bolso. El taxista pierde la calma por primera vez:

—Déjalo ahí donde está y nos evitamos los dos un problema, ¿sí?

Se acabaron las ambigüedades; ahora van a toda velocidad por la avenida siguiendo un camino que no es. Ella pierde la cuenta de las bocacalles que van dejando atrás. Giran antes de cruzar la vía, luego continúan por una calle angosta y oscura, a un lado, el alambrado ferroviario cubierto por enredaderas, y al otro, pequeñas fábricas y talleres. Debe ser Barracas. El silencio amplifica el rodar del auto sobre los charcos en el empedrado. El taxi se acerca suavemente al cordón hasta detenerse, haciendo crujir hojas y pequeñas ramas caídas durante la tormenta. El taxista se da vuelta y por primera vez la mira a los ojos sin la intermediación del espejo:

—¿Te gusta acá? —dice.

Abre la puerta del conductor. Antes de bajar, le indica que se corra al medio del asiento. No quiere actos heroicos:

—Lejos de la puerta. No tengo ganas de andarte persiguiendo, ya ves lo oscuro que está afuera.

Ella obedece sin oponer resistencia. Él baja del taxi, afloja el lazo de su pantalón deportivo y abre la puerta de atrás. El teléfono vuelve a sonar. Con medio cuerpo adentro del auto, él extiende su brazo para que se lo entregue.

—Dámelo, vamos a pedir que nos dejen solos por un rato, ¿te parece?

Ella abre el bolso, busca a tientas y dispara tres veces. El taxista se desploma junto al cordón sin siquiera haber visto el arma, los ojos bien abiertos y el pantalón por debajo de las rodillas. Ella vuelve a guardar la pistola en el bolso junto al teléfono, que sigue sonando y ya no atenderá. No atina a escapar. No sabe cómo explicará a los mexicanos que ha fallado, que acaba de matar a otro. En la suite más lujosa de un hotel de Puerto Madero, un poderoso juez federal deja su teléfono sobre el mármol del jacuzzi y maldice resignado.